

VIRTUDES Y DISCIPLINA DE LOS SOLITARIOS DE SIRIA

Colocamos en este lugar todo lo que se refiere á las virtudes y disciplina de los solitarios de Siria, porque lo tomamos de los elogios que les tributa san Juan Crisóstomo. Estos elogios son tanto menos sospechosos, cuanto que este Santo, que no se dejaba llevar de consideraciones humanas, vivió con estos venerables habitantes del desierto, y los conoció perfectamente. Invitaba también á sus oyentes para que fuesen á verlos, y á cerciorarse por sí mismos de la santidad de su vida: pues habla en sus homilias de ella, así como de la corrupción que reinaba en las ciudades. No habla de todos los solitarios de Siria, sino de los que habitaban en las inmediaciones de Antioquía, á los cuales podia verse con suma facilidad.

Es evidente, según lo que refiere, que una parte de estos solitarios observaba vida común en el estado cenobítico: mientras que otros eran cenobitas ó anacoretas. Dice de los primeros que todas las cosas eran comunes entre ellos, la mesa, la casa y los hábitos. Los otros se acostaban sobre la ceniza, se cubrían de cilicio, cargaban su cuerpo de cadenas, se encerraban en cabañas ó cavernas, sufrían continuamente el hambre, derramaban abundantes lágrimas, y abatían su cuerpo con vigiliass y austeridades para descargarse del peso de sus pecados. Vivían la mayor parte de estos anacoretas en una montaña que domina la ciudad de Antioquía por la parte del norte, en donde había muchos sepulcros y cavernas,

que les servían de morada, como dice Teodoreto.

Lo que acabamos de decir, tomándolo de san Juan Crisóstomo, se refiere en parte á los anacoretas, pero muy principalmente á los cenobitas. Hé aquí cuales eran sus ejercicios durante el día. Se levantaban mucho ántes que saliese el sol, y con semblante alegre y tranquila conciencia, se reunían, formando un solo corazón, para ofrecer á Dios sus oraciones y manifestarle su gratitud por las gracias dispensadas á ellos y á todos los hombres. Se ponían de rodillas, más atentos á las necesidades del espíritu que á las del cuerpo, y el superior pedía en nombre de todos que el Señor les diese sus auxilios para vencer las tentaciones de esta vida, y para poder comparecer con confianza al juicio del Señor.

Esta oración de la mañana duraba hasta la salida del sol. Despues consagaban algún tiempo á la lectura de los Libros santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, de los cuales, como de fuente de espléndida luz y verdadera sabiduría, sacaban por medio de atentas meditaciones, las enseñanzas que les servían para su propia dirección y para la de los que venían á confiar las penalidades de su espíritu.

En seguida se dedicaban al trabajo, que consistía en cavar la tierra, en sembrar y regar las plantas, en llevar agua, ó en hacer cilicios, cestas ó otras obras semejantes, así como en escribir y copiar libros, en lo cual pasaban todo el día, cada cual en su celda ó en su respectivo trabajo, sin que jamás perdiesen el tiempo en conversaciones inútiles, y guardando siempre el más absoluto silencio. Todo esto hacía que reinase entre ellos la más dulce tranquilidad, que jamás se oyese el más leve ruido, ni la menor apariencia de tumulto ó rebelión, que de ordinario no tienen otro origen que los negocios y las pasiones del siglo.

Dividían el día en cuatro partes, y terminaban cada una

de ellas con las oraciones de Tercia, Sexta, Nona y Vísperas, cantando salmos é himnos en honor del Señor; mientras que en el mundo se emplea este tiempo en comer, en distraerse y en dormir.

No hacian más que una comida durante el dia, y ésta por la tarde despues de la oración de las Vísperas. Se alimentaban sólomente con pan y sal; algunos añadian un poco de aceite, y los más débiles, yerbas y legumbres; pero todo esto con tanta frugalidad, que no es extraño que estuviesen pálidos y demacrados. Esto, sin embargo, no impedía que llegasen á edad bastante avanzada, notándose que los que más ayunaban eran los que más vivian, porque su abstinencia impedía la abundancia de humores, que causan muchas enfermedades y abrevian la vida. En otro lugar hemos expuesto la oración que hacían despues de la comida. San Juan Crisóstomo la refiere y explica al pueblo, exhortándolo á repetirla.

Despues de la comida, se reunian para hablar de cosas relativas á la salvación, pues no se permitía hablar de otra cosa en sus reuniones. Terminaban el dia con la oración, y se acostaban sobre una estera, para reposar hasta el primer canto del gallo, ó sea, hasta la media noche. No se les permitía quitarse el hábito ni aún para dormir, y como no tenían cargado de alimentos el estómago, su sueño era ligero y tranquilo, bastando el más ligero ruido para despertarlos. El superior era el encargado de hacerlo, y todos se hallaban dispuestos para la oración y la salmodia. Entónces se les veía levantar las manos en actitud suplicante, y se les oía entonar los salmos y sagrados cánticos con tanta armonía y sentimiento, que ningún concierto instrumental producía tanto encanto en el espíritu, como este conjunto de voces en medio de un desierto y durante el silencio de la noche. Casi toda ésta la consagraban á este santo ejercicio, abrazados sus corazones en

el fuego sacro de la caridad. Al aproximarse la aurora, descansaban breves momentos, y ántes de salir el sol se levantaban para hacer la oración de la mañana.

Sus hábitos eran de pelo de cabra ó camello, ó bien de pieles usadas, que los más pobres en el mundo rehusarían llevar. Sin embargo, entre ellos había muchas personas procedentes de las más nobles y ricas familias, que se contentaban con unos vestidos tan humildes, y cifraban su gozo en estas austeridades. No llevaban calzado, y era tan grande y absoluto su desprendimiento, que puede con toda verdad decirse que no posean otra cosa que su cuerpo y su alma. Sus celdas estaban siempre abiertas: no tenían cofres, ni cosa alguna que se le pareciese: pues no teniendo oro, ni plata, ni vestidos reservados, no necesitaban tomar precauciones contra los ladrones. Recibían las limonas que se les daban; pero nada pedían. Como se contentaban con lo absolutamente necesario para su sustento, les proporcionaba su trabajo no sólo lo suficiente para sus necesidades, sino también para hacer caridad á los pobres, que admitían á sus mesas. También dispensaban cariñosa acogida á los enfermos, cuyas llagas curaban con la mayor solicitud y venciendo las repugnancias de la naturaleza.

El amor que profesaban á la soledad y al silencio no les impedía hablar á los que venían á buscar consuelo y edificación espiritual. Los recibían con espíritu de caridad, y desterraban de sus conversaciones todo chiste y toda risa insensata, versando siempre el asunto de éstas sobre pasajes de los Libros santos, que meditaban incesantemente, y hablando con tanta modestia y gravedad, que sus palabras llevaban consigo la unción del Espíritu Santo, cuyo amor inflamaba sus corazones.

Lavaban los pies á sus huéspedes sin atender á su calidad, ni á la suya propia. Vivían entre sí con la más estre-

cha unión, pudiendo decirse que no tenían más una sola alma y un solo corazón. Los que más se habían distinguido en el mundo, llenos de sincera humildad, se conformaban con los que procedían de una condición más modesta. No había entre ellos ni grandes ni pequeños: los más grandes eran precisamente los que más se prestaban á los más bajos oficios. Ponían toda su gloria en ser estimados ménos que los demás, y había muchos entre ellos que, habiendo brillado en el siglo por sus honores y riquezas, se ocupaban con santo gozo en partir leña, en encender el fuego, en preparar el alimento para los demás, y en prestarles toda clase de servicios. Así es que, en virtud de esta humildad profunda y de esta caridad evangélica, no se distinguían los nobles de los plebeyos, ni los que habían renunciado á una gran posición de los que se habían educado en medio de la miseria. Ninguno se gloriaba de lo que había sido en el siglo, ni podía quejarse de que se le despreciase por haber pertenecido á un rango inferior. A nadie se humillaba, porque todos procuraban humillarse á sí mismos y considerarse inferiores á los demás.

Todos se llamaban hermanos, y se interesaban con la mayor caridad los unos por los otros: cada cual participaba del gozo y de la aflixión de los demás como de cosa propia. No estaban sujetos á las enfermedades que produce el exceso de las comidas y la acumulación de humores, pues su abstinencia era en extremo rigurosa. Sólomente el exceso de las vigiliass y de los ayunos les causaba algunas dolencias; pero para curarse bastaba disminuir algún tanto las austeridades. Así es que nunca tenían necesidad de recurrir á los médicos, y en muchas ocasiones la oración era su medicina más eficaz. Si alguna vez necesitaban de la mano del cirujano para curar alguna llaga ó úlcera, sufrían la operación con una paciencia proporcionada á su piedad.

Su corazón, desprendido de la tierra y acostumbrado á

dirigir todos sus afectos al cielo, les hacía mirar la muerte como un beneficio, cuando la enfermedad era mortal: pues se hallaban en el fin de sus trabajos y en el término venturoso que había de unirles á Jesucristo, no ocupándose más que de esta esperanza. Así pues, cuando alguno había dejado de vivir, no se decía que había muerto, sino que había llegado á la consumación de su carrera, y en vez de llorar y prorumpir en lamentaciones, se regocijaban y alababan al Señor, dándole acción de gracias, y deseando reposar, como el difunto, de los trabajos de esta vida. Por último, se le conducía á la sepultura cantando himnos, cuya ceremonia no se llamaba hacer los funerales, sino cumplir los últimos deberes con un hermano que había ido á unirse con Dios.

Tales es, en resumen, la idea que nos dá san Juan Crisóstomo en algunas de sus homilías, de las virtudes y prácticas de los solitarios de la montaña próxima á Antioquía. Pero como de ellas toma ocasión para exhortar á sus oyentes á combatir sus pasiones y vicios, y á renunciar á las máximas del mundo para seguir las del Evangelio, dá tan hermosas instrucciones, que no podemos dispensarnos de exponer algunas para edificación de nuestros lectores.

He aquí como expone el capítulo vigésimo de san Mateo: « Nada hay que impulse tanto á los hombres á las más violentas pasiones, nada que los precipite tanto en los profundos abismos del error, y que los aleje tanto de los bienes eternos, como el apego á las cosas perecederas de este mundo. » Así como, por el contrario, nada conduce mejor á los bienes inmortales del cielo, como el estimarlos más que los de esta vida. Pero muchos tienen el corazón endurecido, cuando se trata de los bienes celestiales, y buscan con deplorable avidez los que no tienen más que una falsa apariencia, y que son cual fugitiva sombra en comparación de aquellos. Sin embargo, ¿ qué hay de

agradable y dulce en las satisfacciones de la tierra? ¿como pueden encantar tanto nuestros corazones? Yo quiero hoy haceros conocer su frivolidad, poniéndolos en oposición con la vida de los solitarios, y demostrándoos que, aunque os parezca insoportable, es infinitamente más dulce y apetecible que la vuestra, por más deliciosa que parezca.

A vosotros mismos os pongo por testigos, á vosotros que en las calamidades que os sobrevienen, llevais vuestra desesperación hasta desear la muerte, y que, faltos de ánimo y de fortaleza, considerais en tales circunstancias felices á los que se hallan retirados en las montañas, á los que habitan en las grutas y se hallan libres de los cuidados y solicitudes del siglo. Estos sentimientos, estos deseos de ser cual los solitarios no se encuentran sólomente en los que viven en el infortunio, ó se ven sorprendidos por alguna desgracia, sino en todas las clases y condiciones sociales. Los grandes y los pequeños, los artistas y los militares, los que llevan una vida ociosa y frecuentan los espectáculos, los que se entregan al juego, y los que viven en medio de los placeres, todos sufren amarguras y dolores violentos, por más que aparezcan nadando en la abundancia y gozando de todo género de delicias. Yo no tendria más que citaros el ejemplo de los sinsabores y desengaños que experimentan los infelices que se han dejado arrastrar por la pasión del amor. Por último, si nos representamos la vida de la mayor parte de las gentes de mundo, veremos que dista tanto de la de los solitarios, como un puerto tranquilo se diferencia de un mar agitado por violentas tempestades.

En efecto, ¡cuán dulce es el reposo de que gozan en la soledad que han escogido! Confinados en sus montañas, no tienen que tratar de negocio alguno terreno: están á cubierto de la envidia de los hombres: no temen ni la doblez, ni la traición, ni las calumnias, ni tantas otras

pasiones vergonzosas, ni tantos desórdenes tan frecuentes en las ciudades.

En estos desiertos no se ocupa el solitario más que del reino de Dios y de los bienes de la eternidad: contempla á Dios en la magnificencia de sus obras, y habla de él con las montañas, con las selvas y con las fuentes. Allí no hay tumulto ni turbación: el alma se encuentra libre de las enfermedades y pasiones comunes, desprendida de todo afecto á las cosas sensibles, y de todo lo que puede atraerla y apegarla á la tierra: se hace más pura que el aire, y para representaros mejor el venturoso estado de estos solitarios, os diré, que sus ocupaciones son las de Adán en el paraíso, en aquella región de delicias, en que, poseyendo en abundancia todo lo que podia hacerle feliz, tenia libertad absoluta para conversar con el mismo Dios. »

« Yo desearia que os convenciéseis por vuestros propios ojos; más puesto que os lo dificultan las ocupaciones tumultuosas de la vida, preciso es, á lo ménos, que os explique una parte de sus ejercicios para vuestra edificación espiritual.

Estas luces de la tierra se levantan ante que salga el sol, sin que les cause molestia este continuo madrugar, porque su vida frugal les impide que tengan pesadez de cabeza, y porque hallándose, por otra parte, libres de las penalidades y solicitudes del mundo, nada absolutamente turba su sueño. Tan luego como se levantan, se reúnen teniendo el alma tranquila y llena de santo gozo; cantan, cual si no tuviesen más que una boca, himnos y cánticos para honrar á Dios y darle acción de gracias, no sólomente por los bienes de que les ha colmado, sino por los que con tanta misericordia dispensa á todos los hombres. Así es que no me basta compararlos á Adán en su inocencia, sino que imitan en la tierra á los coros de ángeles que se ocupan en cantar las alabanzas del Señor, como lo hacen estos espíri-

tus bienaventurados en el cielo, diciendo con ellos : Gloria á Dios en las alturas, paz y gracia á los hombres en la tierra.

Su manera de vestir corresponde á su género de vida, tan distante de la pompa como de la sensualidad. No arrastran sus vestidos por tierra, como hacen las personas que sólo se precian del lujo y del fausto, sino que á semejanza de Elías, de Eliseo y de san Juan Bautista, son sus vestidos de pieles de cabra ó de camello, con frecuencia muy usadas.

La oración mental sigue á los sagrados cánticos : todos se ponen de rodillas : elevan su espíritu á Dios, le invocan con todo su corazón, y desechando de sus discursos y de su imaginación todo lo que al mundo se refiere, no se ocupan de ello en sus oraciones, ni piden á Dios cosas pasajeras, sino sólo la gracia de serle agradables en el día del juicio, y de oír de su boca un decreto favorable.

Terminado este santo ejercicio, ha salido ya el sol, y todos se dedican al trabajo, no tanto para atender á sus propias necesidades, que son muy pocas, sino principalmente á las de los pobres, demostrando así que hasta su trabajo, encaminado siempre á la gloria de Dios, era una continuada oración.

En vista de esto, ¿ qué semejanza puede haber entre estos santos solitarios y las personas que pasan su vida en los bailes y danzas en que reina Satanás ? ¿ qué semejanza entre estos santos y las personas que se complacen en oír aires afeminados, canciones libres y disolutas, y que con tanto ardor corren á los espectáculos ? ¿ qué semejanza entre ellos y la vida de esas mujeres disolutas y de esos jóvenes pervertidos que no respiran más que placer, y á quienes la sensualidad y la molice tienen como encadenados á una infinidad de crímenes ?

Si somos justos, veremos que hay tanta diferencia entre las personas que han abrazado estos dos géneros de vida,

como la hay entre los ángeles que cantan las alabanzas divinas, y los inmundos animales que se arrastran por el lodo. Jesucristo habla por la boca de los unos, y el demonio por la de los otros. Todos los conciertos de instrumentos y de voces, toda la armonía, toda la delicadeza de la música profana no tienen nada comparable con el encanto que el espíritu de Dios pone en la voz y en el semblante de estos solitarios, cuando cantan sus alabanzas.

Los que frecuentan el teatro y ponen toda su satisfacción en ver y oír á esas mujeres que se presentan con tanta inmodestia, y que á sus afeites unen los peligrosos encantos de su voz, ¿ que otra cosa sacan al volver á sus casas que el veneno mortal que ha emponzoñado sus corazones con el desarreglado amor que los ha enardecido ? Estas mujeres en lugar de ser el gozo de los espectadores, no son para la mayor parte de ellos sino causa de amargura y aflixión con sus funestos y ruinosos encantos.

La misma magnificencia de sus vestidos y sus ricos atavíos son, no sólo un motivo de tentación, sino de pena y amargura para los que los consideran, principalmente para aquellas personas que, acostumbradas al lujo y habiendo caído en la desgracia, ven la prosperidad aparente de estos comediantes. No pueden verlos en este brillante estado sin concebir sentimientos de envidia y de pena, que les hacen decir en lo más íntimo de sus corazones : Estas infames criaturas, salidas de la hez de la sociedad, viven con fausto, opulencia y lujo ; mientras que yo, que soy de un linaje esclarecido, me veo obligado á sufrir privaciones á que no estaba acostumbrado.

Otra cosa sucede cuando se vá á visitar á los solitarios, y se observan sus santos ejercicios. Entre ellos hay hombres que pertenecen á las más ricas y nobles familias, y que se hallan tan miseramente vestidos, que rehusarian sus hábitos los más pobres y necesitados. Si son pobres los que